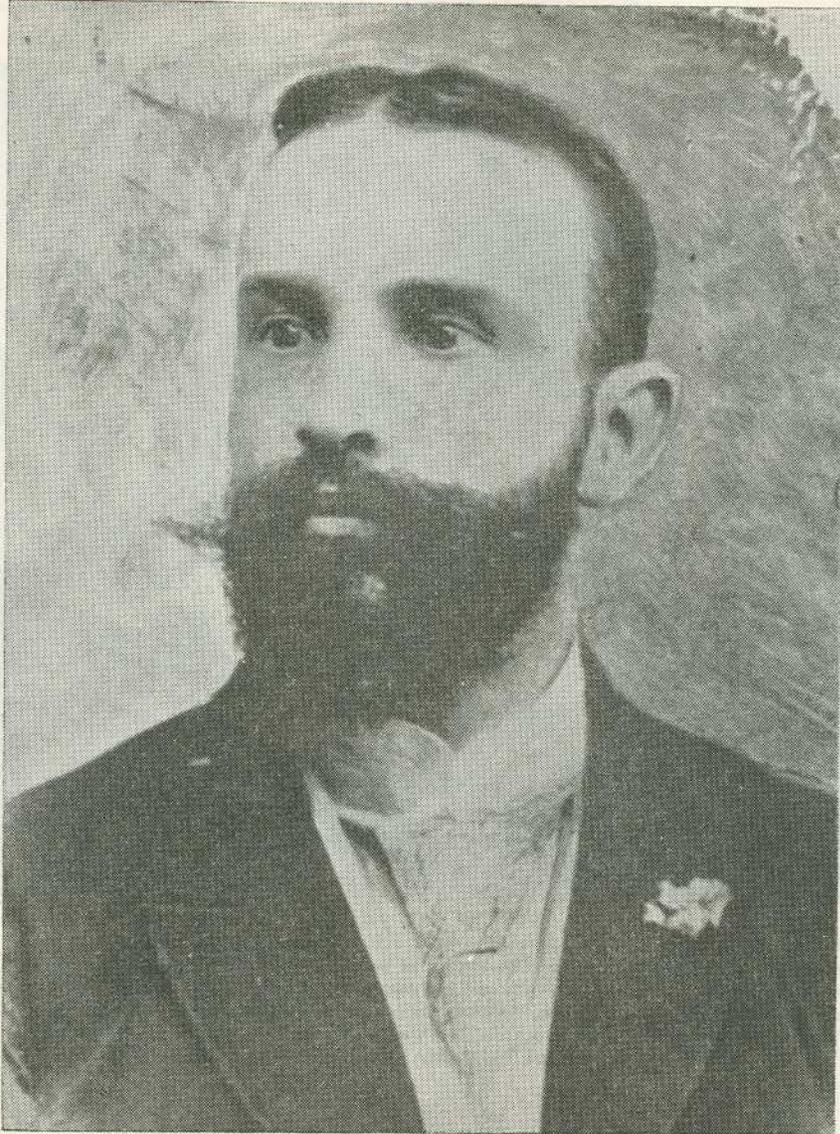


El señor Pablo Biolley, con el que se ha unido a la
nuestra familia. Fue designado en el momento de su
muerte.



Pablo Biolley

Pablo Biolley

DON Pablo Biolley llegó a Costa Rica contratado por el gobierno como profesor de la Escuela Normal y Modelo en compañía de don Luis Schoenau y de William Phillippin, el 24 de enero de 1889. Estos profesores suizos fueron traídos al país durante el gobierno de Soto, por el entonces Ministro de Instrucción Pública, don Mauro Fernández. Antes de la llegada de esos señores, ya se hablaba de ellos en casa de don Mauro, quien varias veces refirió a mis padres, con gran entusiasmo, la noticia de la fundación de su Escuela Normal y Modelo, después Liceo de Costa Rica.

Conocí primero a don Luis y a Mr. Phillippin y hasta algún tiempo después al Sr. Biolley, a quien recuerdo muy bien por haber sido mi profesor de Historia Natural en la Escuela Normal y Modelo que se fundó en 1886.

Al señor Biolley lo vi por primera vez en casa de don Mauro. De los tres profesores suizos era el más pulcro en el vestir y el de modales más delicados. Usaba zapatos de charol, un chaquet bien ajustado y un chaleco de color. El cuarto que ocupaba en el viejo Liceo (edificio en donde están hoy, 1926, las alcaldías, esquina diagonal a la Sur-este del Teatro Nacional), era pequeño, con una puerta y una ventana hacia el patio principal. Una cama cubierta con un toldo, algunas sillas, un escritorio con libros y una mesa a la orilla de la ventana, fue lo que yo vi una mañana en que, al ser enviado con un recado para el director, pasé por el frente del cuarto en los momentos en que el portero hacía el aseo.

Todo esto pudo haber pasado inadvertido para mí, pero en la mesa había una lámina de corcho con gran número de insectos suspendidos con alfileres y algunas cajas con tapa de vidrio en donde se veían algunas mariposas. Olvidé que debía regresar a mi aula de clase y permanecí muy tranquilamente viendo todas aquéllas cosas hasta que un grito de mi maestro, don Andrés Jouard,

"Tristán, ¿qué hace ahí?,

me sacó del éxtasis. Don Andrés me reprendió con exagerada dureza y me amenazó con un arresto, una carta para mi padre y . . . no recuerdo cuántas cosas más. Bendito don Andrés! Dos días después me acerqué al cuarto del señor Biolley y me entretuve durante uno de los recreos en mirar a través de la ventana los insectos que tanto me habían gustado.

No me atrevía a presentarme al señor Biolley, quien varias veces me sorprendió viendo a través de los vidrios de su cuarto. Un día estaba mi primo Enrique Fernández contándole una historia de una culebra que él había visto, y aproveché la oportunidad para meterme en la conversación. Para esto inventé algunas preguntas que el señor Biolley me contestó con su marcado acento francés, lo que no dejó de divertirme. Prometí coleccionarle insectos en nuestra finca de San Gabriel y algunos días después le traje una caja de cartón con chapulines, dos libélulas y unas arañas, todos vivos y acomodados en zacate seco. El señor Biolley recibió este obsequio con alegría y me invitó a pasar a su cuarto, después de las lecciones, para explicarme la forma correcta de coleccionar animales. Esto ocurrió en el mes de marzo de 1887, y desde este tiempo quedó sellada entre nosotros una amistad que debía durar hasta su muerte, es decir, veintiún años.

Con sus primeras indicaciones formé una colección de insectos, arreglada a mi modo. En los años siguientes recibí del señor Biolley, ya como profesor, mi primer curso de botánica. Las clases consistieron al principio en hacer cortas descripciones de plantas. Para esto llevaba él material y nos repartía un ejemplar para cada dos alumnos.

De las tareas del Liceo, éste era el trabajo que yo hacía con más gusto. Todas mis descripciones las pasaba en limpio en un gran cuaderno. Cada parte de la planta iba acompa-

ñada con dibujos coloreados con pinturas de agua. Hicimos en el primer semestre dieciséis descripciones, pero yo agregué unas doce más, que fueron revisadas y corregidas por el profesor. En el segundo semestre estudiamos con detalles las partes de la planta. En mi cuaderno yo incluí muchas observaciones personales y dibujos, lo que me valió un muy bien que me llenó de orgullo. Este primer curso de botánica me sirvió de base para estudios posteriores. Al año siguiente hubo algunos cambios en el personal del Liceo y yo seguí mis estudios de ciencias naturales con el profesor Pittier.

En los últimos años del Liceo no tuve de profesor al señor Biolley y le veía rara vez. Algún malestar íntimo lo mantenía retraído y taciturno. Luego supe que se había trasladado a Cartago, en donde atendía algunas asignaturas en el Colegio de San Luis Gonzaga.

Después de mi bachillerato, el dieciséis de enero de 1894, ingresé al Museo Nacional como asistente del Departamento de Mineralogía, que en suerte me tocó fundar. A mediados de ese año recibí una carta del señor Biolley, en que me pedía que le ayudara a coleccionar avispa y abejas por encargo del doctor Henri de Saussure, de Ginebra. Como yo hacía frecuentes excursiones para coleccionar rocas y minerales en general, formé también una colección de esos himenópteros, la que después el señor Biolley envió, junto con las especies coleccionadas por él, al señor de Saussure.

En 1895 fui encargado de la colección de insectos que había principiado C. F. Underwood. Este trabajo me agradaba mucho más que el anterior y me dediqué a él con mayor empeño y gusto. En esa época el Museo estaba en el edificio de la antigua Universidad de Santo Tomás. Disponía para mis labores de un buen cuarto y de abundante material.

El señor Biolley volvió a ser profesor del Liceo y frecuentemente nos visitaba. Mi aprecio y simpatía por mi antiguo profesor se robustecieron, y como teníamos los mismos gustos e idénticos intereses científicos, nuestra amistad llegó a ser íntima. Gran parte del material que yo coleccionaba era enviado a varios especialistas por el señor Biolley. Poco a poco hice relaciones con varios entomólogos de los Estados Unidos y de Europa. Los especímenes enviados, tanto los del señor Biolley como los míos, se hicieron muy numerosos. De este modo la

colección del Museo se fue enriqueciendo con gran número de especies bien determinadas, en todos los órdenes de insectos. La colaboración del señor Biolley fue valiosísima. A menudo él mismo colocaba los insectos en alfileres y los rotulaba. Era necesario hacer excursiones con frecuencia, e íbamos juntos.

En las vacaciones de 1895 y de 1896 (enero y febrero) colectamos en La Palma (Noreste de San José) en una finca que don Mauro poseía en ese lugar, con una casa relativamente cómoda. Don Mauro veía esta afición mía con algún interés, pero más que todo trataba de dar toda clase de facilidades al señor Biolley para sus estudios entomológicos que ya entonces le absorbían casi todo su tiempo. Los hijos de don Mauro se transformaron en nuestros auxiliares, de tal modo que al fin de la temporada de veraneo de la familia, era abundantísimo el material recogido. Todas las especies, algunas nuevas para la ciencia, que figuran con la denominación La Palma en varias publicaciones, fueron colectadas en aquellas memorables temporadas. Prácticamente no quedó lugar de la región que no fuera registrado de todos modos.

El señor Biolley era incansable para trabajar. Desde muy temprano salía con sus frascos de cianuro, cajas y tubos de hoja de lata. En los troncos podridos hacía sus primeras colectas: ortópteros, coleópteros, moluscos terrestres, etc. En uno de estos troncos descubrió el bonito *Peripatus* color de ladrillo que lleva su nombre, y el nuevo género *Biolleya* (ortópteros) descrito por de Saussure. Después registraba cuidadosamente los arbustos, los musgos y los líquenes, y finalmente se internaba en los bosques. Muchas veces regresamos a la casa a las tres o cuatro de la tarde. Después de la comida, encendía su pipa y continuaba en su tarea de arreglar convenientemente todo el material colectado. Varias excursiones, a La Hondura y a otros lugares, duraron todo el día. Las colecciones del Museo se ensancharon muchísimo con lo recogido en La Palma. Todo este material no podía estudiarse precipitadamente y se guardó con cuidado para emprender un serio estudio entomológico de la región.

También salí con el señor Biolley a muchos otros lugares. La Uruca, los Anonos, Escazú, Alajuelita, los ríos Torres y María Aguilar, San Vicente, en fin, todos los alrededores de San José fueron objeto de nuestras pesquisas entomológicas.

Tanto me agradaban estas excursiones y mi trabajo en el Museo era tan llamativo para mí, que poco a poco fui abandonando mis amistades y asistí con menor frecuencia a las tertulias, llamadas en ese tiempo "parranditas de confianza", y a otros pasatiempos juveniles. Después de estas largas caminatas a pie, llenas de novedades y de amenísima conversación científica, llegábamos a nuestras casas fatigados y rendidos.

Dos veces regresamos a La Palma en la estación lluviosa (setiembre y octubre), para coleccionar en otra época del año. Las dos veces hicimos la jornada, ida y vuelta, a pie. Fueron grandes las penalidades de estos viajes; el transporte de bastimentos y del equipo botánico y entomológico era difícil. Con todo, el señor Biolley, con un gran cargamento sobre sus espaldas, no dejaba de trabajar ni un momento y siempre pensé en la grandísima pasión de este hombre por las Ciencias Naturales, sin obtener por su enorme labor ninguna remuneración económica. Los corresponsales aumentaban considerablemente, de tal modo que sólo el correo le quitaba varias horas cada día. No dejaba una sola carta sin contestar y entraba en minuciosos detalles sobre las especies que enviaba. Con su típica letra, escribía por largas horas. En un tiempo, por razones que no averigüé, contestaba su correspondencia en el Museo, sentado a una gran mesa que estaba al lado de la mía. Llegaba casi todas las tardes y nos retirábamos a las seis. Era habilísimo para empaquetar sus insectos. Cada especie era cuidadosamente envuelta en papel fino, con su correspondiente documentación: lugar, fecha, habitat, etc. En el Museo, el señor Biolley preparó gran cantidad de envíos de ortópteros, especialmente *Blattidae* (cucarachas) para el doctor de Saussure.

A mediados del año 1896 se principió a preparar el material para la Exposición Centroamericana de Guatemala. Como se dispuso que el Museo tomara parte, resolvimos, el señor Biolley y yo, enviar y presentar dos colecciones: una de insectos y otra de moluscos terrestres. Yo me encargué de la colección de insectos. El señor Biolley había reunido una colección muy interesante de moluscos terrestres clasificados por un especialista alemán, von Martens, quien había ya publicado el estudio de este grupo en la *Biología Centrali Americana*, monumental obra editada por los naturalistas ingleses Godman y Salvin. Por esta circunstancia, pudo muy pronto el señor Biolley tener todo el material listo y presentar su colección en un

bonito mueble que hoy (1926) se conserva en nuestro Museo en estado de abandono, como todo lo que ahí se tiene en lo que más bien parece bodega que Museo.

El señor Biolley acompañó su colección de un trabajo explicativo. La mía quedó terminada en noviembre de 1896 y el veintidós de diciembre entregué a la comisión el manuscrito que debía acompañarla. Para este trabajo recibí muy valiosas sugerencias del señor Biolley y algunas indicaciones que figuraban en la introducción. Nunca supe, ni el señor Biolley pudo averiguar por qué razón, esta introducción no se publicó, dejando el folleto trunco. Lo cierto fue que esta primera contribución mía al estudio de nuestra fauna entomológica, en la cual puse todos mis entusiasmos y amor por las Ciencias Naturales, se perdió y desapareció de modo misterioso.

En aquella época el Museo estaba en la antigua casa del Laberinto, hoy desaparecida. Ahí, el señor Biolley, C. F. Underwood y yo, terminamos nuestros respectivos trabajos para la exposición que debía verificarse en Guatemala en 1897. En marzo de ese año, partí para Chile y dejé toda la colección entomológica, y una gran cantidad de material que no se había estudiado, en manos del señor Biolley. Durante mi ausencia recibí frecuentes cartas de él, en las que casi únicamente me hablaba de entomología. El nuevo director del Museo, don Juan Ferraz, dio como labor suya todo el trabajo que yo había hecho, no solamente en entomología sino en otras secciones. Cosas de los hombres y de los tiempos! Con todo, prestó algún apoyo a los estudios entomológicos, más, creo yo, por el entusiasmo del señor Biolley que por lo que el dicho señor pudiera interesarse en estas cosas.

A mi regreso de Chile, a principios de 1900, seguía el señor Biolley con sus entusiasmos, y aunque su remuneración en el Museo era muy exigua, no por eso dejaba de trabajar siempre con gran empeño, colectando, clasificando y haciendo envíos. La llegada del señor Salinas al Liceo y con él mis compañeros y yo, obligó a los viejos profesores a tomar otros rumbos; don Carlos Gagini, don Juan Umaña y don Pablo Biolley fueron trasladados al Colegio de Señoritas. Esto trajo como consecuencia una ruptura de relaciones por asuntos pedagógicos, la que se enardeció durante los años 1900 y 1901. Don Carlos nos atacaba y el señor Biolley, ya por compañerismo o porque le

parecía ver un abismo entre sus ideas y las nuestras, es lo cierto que fomentó la discordia y por largo tiempo nuestras relaciones se enfriaron, sin que por ese motivo el enfriamiento llegara a tal extremo que desapareciera nuestra mutua simpatía.

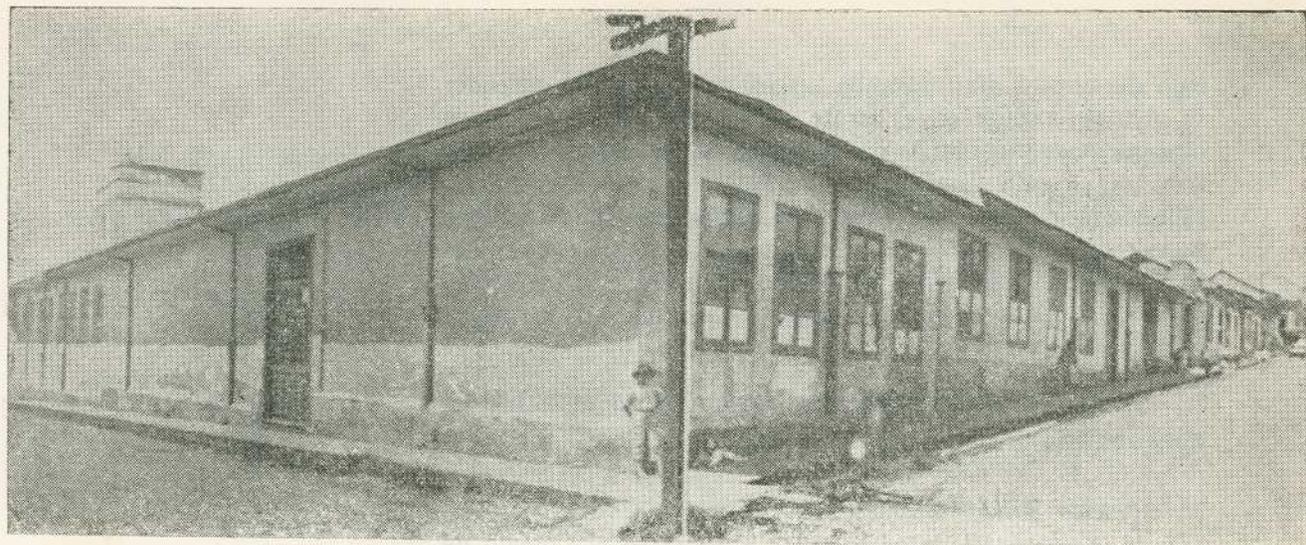
Yo sabía muy bien que el señor Biolley tenía que solidarizarse con don Carlos y don Pablo sabía que yo debía solidarizarme con el señor Salinas. En esta situación, nuestras relaciones debían estar distanciadas. A fines de 1903 nuestras buenas relaciones de antaño revivieron y muy pronto volvimos a juntar nuestro interés por los estudios entomológicos, aunque aparentemente seguía muy distanciada nuestra amistad. Al fin Gagini se cansó de su tarea y nos dejó en paz. La situación se fue haciendo menos tirante cada vez, hasta que por fin volví a tener franca y buena amistad con mi antiguo profesor. En las vacaciones de julio de 1904 hicimos juntos algunas excursiones por los alrededores de San José y una más lejana, a Rancho Redondo. Para mí estas excursiones tenían ya otro valor. Yo poseía más conocimientos y podía vislumbrar muchos problemas biológicos que despertaban en mí mayor y más fundado interés que las meras excursiones para coleccionar y clasificar. Mis estudios de biología me habían abierto un terreno de investigación que antes no conocía, de tal modo que nuestras reuniones tenían para mí un carácter más concreto, que originaba múltiples temas de conversación y de discusión con el señor Biolley.

Los corresponsales de don Pablo habían aumentado de modo que tenía que trabajar varias horas cada noche tan sólo para atender su correo. Por este motivo, y a propuesta de él mismo, tomé a mi cargo la colecta y envío de arácnidos y la correspondencia con Mr. Nathan Banks, especialista en este grupo, la de crustáceos con Miss Mary J. Rathbun del U. S. National Museum, la de forfícula con el doctor Alfredo Borelli de Bolonia, y la de algunos otros grupos con otros científicos. Mi llegada al Colegio de Señoritas, en donde el señor Biolley era profesor, me dio mejor oportunidad para cultivar aún más nuestra amistad.

Vivía el señor Biolley en una casa situada en la Calle del Pacífico, después llamada Calle Alfredo Volio, cerca de la estación del ferrocarril. Esta casa existía ya desde hacía mucho tiempo antes, cuando la calle se llamaba de San Sebas-

tián y era de pésima apariencia, llena de canjilones o huecos. Fuera de esta casa no había sino algunas otras de feo aspecto que pronto desaparecieron, cuando principió a construirse la Estación del Pacífico. La casa era de adobes, baja y con mala distribución. La sala era muy pequeña: un reducido comedor, con una puerta hacia la derecha, daba paso a un jardín, por el cual se entraba al cuarto de estudio del profesor. Este cuarto tenía al lado norte su escritorio, y en la pared algunos retratos de familia. En medio de unas cajas grandes, de madera de pino, dormían el sueño eterno todos los ejemplares de la Gramática Griega, del señor Biolley, editada en París por cuenta de nuestro Gobierno, de la cual no se había vendido ni un solo ejemplar. Sobre estas cajas, en tablas ordinarias, estaban las colecciones de insectos. Hacia el lado derecho había dos estantes con libros: Ciencias Naturales, Historia, y algunas obras literarias. No compraba don Pablo libros nuevos: prefería revistas científicas, y sobre todo las ricas aunque desordenadas, bibliotecas del Museo y del Instituto Físico Geográfico. En lo tocante a Ciencias Naturales, no sé de nadie, con excepción del señor Biolley, que hubiera, en un período de más de quince años, consultado estas bibliotecas. En la pared de la izquierda se veía una escopeta de dos cañones, unas redes y algunos objetos de manufactura indígena. En el fondo, un viejo sofá, en donde estaban por lo general las revistas y libros que leía. En el jardín había muchas orquídeas, algunas raras, que don Pablo cultivaba con gran esmero.

Desde el año 1904, nuestras excursiones se regularizaron, de tal modo que cada mes hacíamos envíos a muchos centros científicos. En las vacaciones de medio año, y también en los meses de enero y febrero, hacíamos grandes caminatas a pie en condiciones a veces poco favorables. Orotina, San Mateo, Surubres, el Río Jesús María, Aserri, Tarbaca, Escazú, La Palma, Carrillo, fueron nuestros lugares predilectos en donde hicimos gran acopio de material entomológico y botánico. Don Pablo era incansable. Desde muy temprano salía y colectaba a veces todo el día. ¡Cuántas veces pasamos con un solo tiempo de comida, y qué comida! Varias veces dormimos al pie de un árbol o en ranchos abandonados. A pesar de mis entusiasmos llegué a sentir fatiga, sobre todo en algunas excursiones que duraban dos o tres semanas. El señor Biolley muy raras veces tomaba notas en el campo. Después de un intenso tra-



Museo Nacional



Una de las salas del Museo Nacional.

bajo durante el día, mostraba un placer especial al encender su pipa y acostarse en el zacate. Así le gustaba recordar sus observaciones y anotarlas en su mente. A su regreso no olvidaba ni un solo detalle y en ocasiones escribía muy interesantes relaciones de sus viajes, casi siempre en francés. Varias veces me facilitó algunos de estos manuscritos, entre los cuales había dos en castellano. Después de su muerte, estos trabajos pasaron a poder de su hijo Pablo. Creo que en su mayor parte se han perdido.

En algunas épocas, desgraciadamente, el señor Biolley no trabajaba. Su afición a seguir las huellas de Poe... no se lo permitía. Poco a poco su salud se fue minando a pesar de mis advertencias. En los últimos años de su vida volvió a recobrar la mayor parte de su energía. Trabajó en el Colegio de Señoritas y logró mantener un gran interés por las Ciencias Naturales. Dio lecciones vivas, con abundante y bien seleccionado material.

Por sus métodos fue muy criticado por algunos de nuestros pedagogos criollos. Estas críticas salían de cierto grupo que deseaba desacreditarlo para restar la influencia que pudiera tener en las alumnas, en beneficio de los grandes ideales con que algunos nos tienen aturridos desde hace años. Lo cierto fue que el señor Biolley sí enseñó Ciencias Naturales, y no pocas maestras derivaron muy buena preparación de sus lecciones. Varios médicos actuales, que fueron sus discípulos, me han manifestado que les fue siempre muy útil en sus estudios universitarios la preparación que recibieron con el señor Biolley. El profesor que posea buena preparación deja siempre un surco hondo en la mente de sus alumnos, y el señor Biolley la poseía y excelente; además, sabía enseñar. Lo que don Pablo no hizo fue ensalzar medianías, y por eso su actuación no figuró en gacetillas de periódico. Vivió retirado de esta calamidad. La influencia de sus detractores no le perjudicó en nada. En cierta ocasión notó la mala atmósfera que se le había creado entre sus alumnas. No manifestó la menor señal de inquietud por esto. Preparó una serie de lecciones llenas de novedad e interés y todo volvió a la normalidad. Yo, como subdirector del Colegio en ese tiempo, doy fe de este hecho. La diferencia de cultura entre sus enemigos y él, saltaba a la vista.

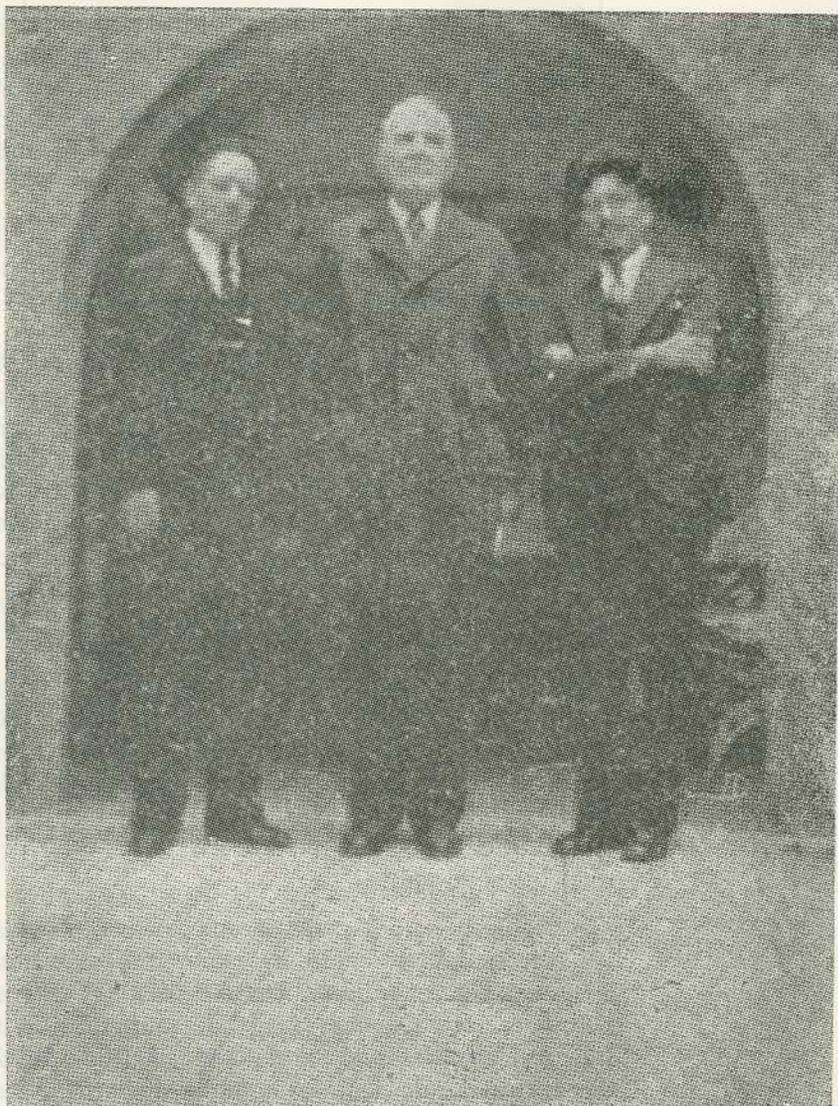
A fines del año 1907 la salud del señor Biolley estaba muy quebrantada. Su constitución, antes tan robusta, se había modificado. Daba ya sus lecciones con poco espíritu y hablaba muy poco. A pesar de esto, asistió con absoluta regularidad a todos sus exámenes, y cuando el Colegio terminó sus labores sacó de la gaveta que tenía en su mesa de la sala de profesores varios libros, cuadernos y apuntes sobre historia natural de Costa Rica, y los llevó a su casa.

En los últimos días de diciembre fue al Colegio por última vez. Recogió una orquídea que tenía en una de las canastas que colgaban en el patio principal, que él había traído de algún lugar lejano. Esta planta había florecido algunos meses antes, y la había llevado al Colegio para una lección. Esta vez le vi tan mal, que lo acompañé hasta su casa. Al día siguiente intervino su médico, el Dr. Calneck, quien me comunicó que el caso era tan serio, que la vida del profesor duraría apenas algunos días. Pasé algunas horas en su compañía. Con tristeza me habló de su próximo fin. Deseaba escribir un resumen de sus trabajos, pero muy bien comprendía que no podría hacerlo. En los primeros días de enero, ya su situación era muy crítica. Varias veces estuve a la orilla de su cama y no me reconoció. El quince de enero, a las cinco de la tarde, había un eclipse parcial de sol; a esa hora estaba yo en el dormitorio de don Pablo, y a través de la ventana que daba a la calle vi la oscuridad que se produjo. Al retirarme, me llamó con voz muy débil y me habló en francés; no pude entenderle nada, ni tampoco su esposa que ahí estaba. La agonía principió a media noche, y el dieciséis, a las ocho de la mañana, todo había terminado.

Algún tiempo después, la esposa envió de regalo al Museo las colecciones entomológicas que hoy están completamente abandonadas y perdidas. Un año después de su muerte, se puso en la tumba una lápida de mármol con una leyenda. Luego su nombre cayó en el olvido. Otros vendrán que apreciarán su labor de naturalista, harán revivir su nombre, y verán al intelectual que tanto trabajó en beneficio de nuestros progresos científicos. No se ha publicado aún la biografía del señor Biolley, ni tampoco un resumen de todos sus trabajos.

22 de noviembre, 1925

25 de mayo, 1926.



Prof. Henri Pittier entre sus colegas Juvenal Valerio, a su izquierda y Salvador Umaña.